

## **“25 años de democracia. Un orden temporal”. Revista ñ, 13 de diciembre de 2008.**

Hablemos un poco del tiempo, que se nos reorganiza en estos 25 años de democracia. Después de todo no es más que una forma imaginaria para pensar el movimiento. El tiempo puede ser el movimiento intensivo del alma (todos los procesos de subjetivación y de intensificación son temporales), y también el movimiento del poder (el ritmo con que se miden y se ordenan las acciones constitutivas del poder). Y hasta puede ser el movimiento de los cuerpos en forma de reloj biológico.

Imaginemos estos 25 años como una masa de tiempo en flujo: mil bandas de temporalidades superpuestas e imbricadas que se mueven en diferentes direcciones, velocidades y ritmos. Una de las bandas es literaria: la multitud de narraciones, novelas y cuentos que atraviesan los 25 años de democracia. La banda literaria ficcional no es la de los acontecimientos políticos (no es un tiempo político, económico, social, o no es solo eso), sino un flujo puramente verbal, sin imagen, de tiempo vivido: un diagrama con afectos. Se me ocurre que en los tiempos vividos de las ficciones podría estar algo de la historia de estos 25 años: un orden del tiempo, una relación particular (una ecuación si se quiere) entre diferentes presentes, pasados y futuros con sus sujetos y territorios. Ese orden temporal de las ficciones sería un orden narrativo y también un régimen histórico.

Exploremos entonces el dibujo del tiempo que traza el flujo ficcional argentino.

### **El pasado es nacional y memorial**

La temporalidad más densa de estos 25 años en Argentina, la que domina el orden temporal, es la del pasado. Como si la nación liberada quisiera contarse otra vez su historia para hacer justicia, la historia y la memoria son las reinas de las temporalidades de estos 25 años con multitud de cuentos y novelas. Con la democracia aparece un nuevo tratamiento de lo nacional (y también de lo personal) como memoria y conmemoración. Y las escrituras del pasado y de la memoria son las más visibles (¿las más leídas?) en el flujo de los años de democracia. Los cautivos. El exilio de Echeverría de Martín Kohan, El pasado de Alan Pauls, En estado de memoria de Tununa Mercado, El común olvido de Sylvia Molloy, El desierto y su semilla de Jorge Barón Biza, y tantas otras... La gramática de la memoria, con sus cortes y fisuras, con su repetición y su retorno, satura y lentifica el tiempo de los 25 años y lo pliega sobre sí mismo; en la memoria, avanzar es ir hacia atrás.

La temporalidad de la memoria es la de las generaciones y sus sujetos son los abuelos, padres, madres, hermanos, hijos y parejas (como en Letargo de Perla Suez). En el flujo de ficciones la familia sirve para subjetivizar y temporalizar la memoria. La familia, que funciona casi como una forma-familia, puede ser un mecanismo temporal de transición de dictadura a democracia porque liga temporalidades y subjetividades en formas biológicas, afectivas, legales, económicas, políticas y simbólicas. La familia y las generaciones son un modo de narrar en encadenamiento y en continuidad histórica. La familia aparece también como una investigación en la filiación (la temporalidad de la memoria puede ser la de la identidad al mismo tiempo) y una política de la filiación, como ocurre en El teatro de la memoria de Pablo de Santis. La escritura del pasado ocupa un lugar central en la imaginación pública de estos años, junto con el sujeto familia (un sujeto público y político, y no solamente literario: la familia piquetera, cartonera, cacerolera). (Hoy mismo, lunes 24 de noviembre de 2008, se puede ver el programa de Magdalena Ruiz Guiñazú “Secretos de familia”, con documentales sobre algunas familias argentinas: los Lugones, los Oesterheld, el Barón Biza.) [la familia como materia de los medios-antes la historia como material mediático.]

La familia como sujeto de la memoria puede hacernos pensar en estos 25 años de otro modo. Pensar, por ejemplo, que la familia gobernante es solo un avatar de la forma temporal de la memoria que domina el flujo ficcional y, por supuesto, real; hablo de la literatura como un modo de hablar de la realidad.

### **El futuro es global y formal**

Con la democracia se abre también en la literatura un futuro paradójico: global, formal y retrospectivo. No solamente porque la idea del futuro se globaliza, sino porque las escrituras de futuros ponen a sus personajes (a los sujetos del tiempo) en un más allá de la nación o sin nación. Como en El árbol de Saussure. Una utopía, de Héctor Libertella, que es un manifiesto anti mercado y a la vez una utopía retrospectiva con una pancarta que reza: “El futuro ya fue”, y un gueto de escritores que se reúne alrededor del árbol del significante y el significado en una plaza con un océano que ocupa el mundo. O como en El juego de los mundos de César Aira, que transcurre en un futuro sin nación (un César Aira futuro se reúne con sus amigos en “el centro” de la tierra), donde impera el sistema de Realidad Total y donde ya no existe la literatura porque fue traducida a imágenes.

Son pocas las ficciones argentinas del futuro en estos años y constituyen un tipo de escrituras minoritarias como la de Libertella (la escritura oscura del gueto: el modo de resistir a los discursos del poder), o conceptuales como la de Aira.

En realidad, el futuro se nos cae apenas recuperado: los Redondos cantan “El futuro llegó hace rato” y el chico de “Esperando al Mesías” dice que no espera más. Fin del futuro, fin de las utopías, y fin del tiempo mesiánico en el orden temporal ficcional de estos 25 años.

### **El presente es territorial y barrial**

La experiencia del presente va apareciendo de a poco en el flujo ficcional y se adensa después del año 2000. El tiempo se acelera, se fragmenta y se rompe en bloques. En las narraciones aparece un tiempo acotado (con principio y fin) y efímero. Un aquí-ahora en forma de unidades (instantes, momentos, días, años, aventuras, acontecimientos, episodios: como si dijéramos un diario) que se suceden en una serie que no parece tener dirección ni sentido. Muchas veces los cortes de tiempo (accidentes, atentados, retornos, separaciones, muertes) son el centro de las ficciones. Ese presente se localiza en ciertos territorios, casi siempre urbanos; hay toda una imaginación territorial que se ve por ejemplo en Okupas (el cine y la TV parecen percibir antes que la literatura otras formas de tiempo), donde los pasados están en la casa ocupada y no en los chicos, que son puro presente. En las islas urbanas de Ocio de Fabián Casas, de Rabia de Sergio Bizzio, de Montserrat de Daniel Link, en Banco a la sombra de María Moreno y en Historia del Abasto de Mariano Siskind (y en muchas novelas más y en muchas compilaciones con relatos sobre zonas diferentes de Buenos Aires) se mezclan las clases sociales y se ven algunos nuevos pobres. Allí, las narraciones dejan imaginar el presente puro de lo cotidiano como concepto filosófico que designa lo no filosófico. Los sujetos de esas ficciones (los personajes que habitan provisoriamente las islas urbanas) están en una posición peculiar: a la vez afuera y adentro de la familia, o de la nación, o de la sociedad, el trabajo, la razón y la ley. Son algo así como sujetos en éxodo, diaspóricos, como los inmigrantes que hablan en Cosa de negros de Washington Cucurto. Esos sujetos tienen identidades territoriales provisorias: la isla urbana de las escrituras del presente casi siempre se abandona al fin, como en Okupas.

El presente es el tiempo de la realidad; lo que se me da como presente se me da a la vez como realidad. Por esto la reflexión actual sobre los realismos literarios es una reflexión sobre el registro

del tiempo en presente. Aquí pueden encontrarse escrituras ligadas de algún modo con las tecnologías, el mundo digital y los blogs.

### **Políticas del tiempo**

Para concluir, un repaso de los órdenes temporales de estos 25 años, tal como se hacen visibles en el flujo de ficciones. La escasez y globalidad del futuro con sus sujetos pre o post nacionales; el presente como habitación o territorio provisorio con sus sujetos diaspóricos; y el pasado como historia y memoria nacional y personal con sus sujetos familiares. Ese diagrama, que puede verse de diversos modos, es útil si se quiere pensar en las políticas del tiempo en democracia, que son una parte de las políticas actuales, y que son políticas de los sentimientos y las creencias.

La resistencia a la dictadura estaba hecha de futuro: nos preparábamos para la democracia y la soñábamos. La resistencia en democracia (¿la resistencia a la democracia?) es más problemática y equívoca. La literatura (las ficciones) nos puede guiar en estos 25 años para imaginar las políticas del tiempo de la democracia (las políticas de la memoria, de la historia, de la utopía, las políticas de la vida cotidiana, los proyectos y utopías de nación y de futuro). Y para imaginar posibilidades y porvenires.